



TNU'U XA NA'A PALABRA ANTIGUA

LABORATORIOS LÚDICOS DE ARTES

**Identidades y reconstrucción de las
memorias con niñas y niños (6 a 12 años)**

POR OMAR CRISTIAM SANTOS

Butai creado por una participante del laboratorio lúdico.

Marzo - Julio 2025

[https://www.facebook.com/saladelecturariodepalabras?
mibextid=ZbWKwL](https://www.facebook.com/saladelecturariodepalabras?mibextid=ZbWKwL)



TNU'U XA NA'A (PALABRA ANTIGUA)

Hay territorios donde la infancia no crece entre vitrinas ni pantallas. Crece entre cerros, susurros y silencios. Allí, en Morelos Jaltepec, la palabra antigua aún respira entre las piedras, se enreda en los cabellos de las niñas, y danza en los ojos curiosos de los niños.

Este laboratorio no comenzó en un aula. Comenzó en el temblor de una voz que busca su origen, en el trazo de un niño que dibuja la historia de su abuela sobre papel, en un Kamishibai que no entretiene, sino resiste, nombra y recuerda.

TNU'U XA NA'A es un acto de restitución simbólica. Es decirle al mundo que las lenguas originarias son semilla, no vestigio; que el arte en la infancia no es lujo, sino derecho; que contar la vida desde lo propio, en comunidad, es también una forma de sanar.

Aquí, la cultura no se enseña: se comparte. El arte no es una técnica: es un tejido de memorias. La educación no adoctrina: libera. A quienes aún creen que la infancia indígena es muda o ajena, este laboratorio les responde con narraciones vivas, ilustraciones que laten, arrullos que reconstruyen el tiempo.

Porque cuando un niño mixteco nombra su mundo desde su lengua y su trazo, no solo está contando un cuento: está recuperando la historia que se le quiso arrebatar.

Que la palabra antigua no sea un eco lejano, sino el principio de todas las revoluciones que nos faltan.

OMAR CRISTIAM SANTOS

En TNU'U XA NA'A (Palabra antigua), el arte es puente entre memoria e identidad. Cada disciplina es una forma de narrar la vida desde la infancia mixteca. Las artes plásticas, a través de ilustración y técnicas mixtas, dan forma a los mundos internos de las niñas y niños.

El video capta momentos de juego y reflexión, dejando huella visual de lo vivido. La música tradicional—crianza, nanas, arrullos—envuelve el espacio con saberes heredados. La narración oral y el Kamishibai hacen del escenario un territorio para la voz propia.

Todo se entreteje en la difusión y preservación del patrimonio cultural, que no solo se conserva, sino que se vive, se transforma y se comparte.

Historias locales recopiladas.

Como parte del laboratorio lúdico TNU'U XA NA'A (Palabra antigua), se llevó a cabo un proceso de investigación participativa orientado a reconocer el papel de las personas mayores como transmisoras de conocimientos comunitarios y su vínculo con las infancias participantes.



Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo. (Eduardo Galeano)



Hallazgos principales:

Se diseñaron dos instrumentos:

- Un formulario en Google y
- Un cuestionario presencial, con el objetivo de identificar a los abuelos y abuelas de la comunidad, así como la calidad y frecuencia del vínculo con sus nietas y nietos.

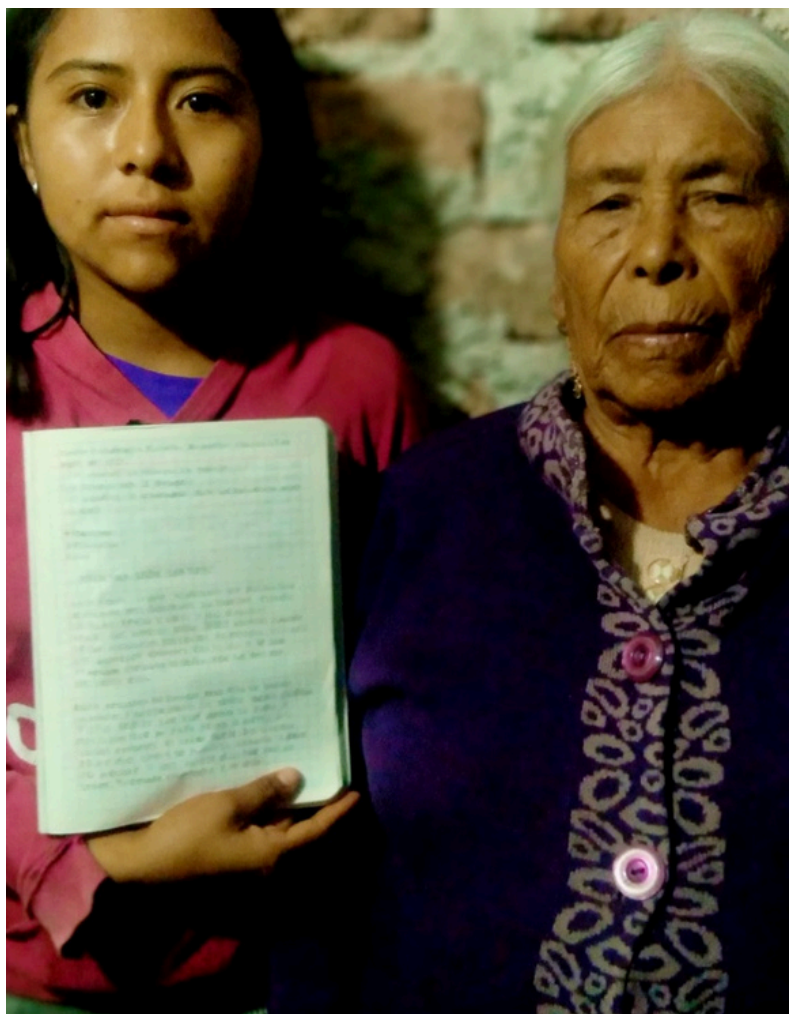
Participaron 21 niñas y niños mixtecos (13 niñas y 8 niños) de entre 6 y 12 años, quienes colaboraron activamente en la recopilación de datos y el desarrollo de actividades de memoria oral.

De un universo aproximado de 60 personas mayores, los resultados arrojaron lo siguiente:

- 52.5% convive regularmente con sus nietos y suele contarles historias o compartir tiempo significativo.
- 17.5% mantiene un contacto esporádico.
- 30% no convive con sus nietos, principalmente por distancia geográfica o rupturas familiares.
- En cuanto a la lengua materna:
 - 86.7% habla exclusivamente español.
 - 13.3% conserva el uso del mixteco junto con el español.

Reconociendo el valor de estas relaciones intergeneracionales, se diseñaron espacios de encuentro seguros y afectivos entre abuelos, abuelas y nietos, donde la transmisión de saberes comunitarios fuera posible.

Se implementaron las siguientes actividades:



- Entrevistas biográficas:

Las niñas y niños entrevistaron a sus abuelos y abuelas para escribir sus biografías, asumiendo el rol de biógrafos y guardianes de su historia familiar.

- Grabación de relatos orales:

Se grabaron audios de historias contadas por las personas mayores, que posteriormente fueron compartidas vía WhatsApp.

- Transcripción de historias:

Las infancias escribieron las narraciones escuchadas, dándoles forma escrita desde su propia interpretación.

- Encuentros presenciales:

En la sede del laboratorio se organizaron convivencias en las que abuelas, abuelos y nietos compartieron palabra y afecto frente a la comunidad.

Este proceso no solo permitió recoger datos valiosos sobre el tejido comunitario, sino también fortalecer los vínculos entre generaciones y posicionar la palabra de las personas mayores como un bien cultural vivo, digno de ser escuchado, preservado y celebrado.

*En la voz de mis abuelos florece
la memoria.*

Raíces que Inspiran

Al escuchar a mis abuelitos contar la historia, sentí una mezcla de sorpresa y felicidad. Sus palabras guardaban la memoria de nuestra comunidad, y cada frase parecía un regalo que ellos me confiaban para que no se perdiera. Lo más difícil al intentar convertir esa historia en la mía fue reescribirla; cada vez que lo hacía, algo cambiaba, y yo también cambiaba con ella.

Los consejos de mis compañeros y del profesor me ayudaron a mejorarla. Al trabajar con los nueve enunciados, elegí la parte más importante, aquella que llevaba el corazón de mis abuelos. Cuando leí mi historia en voz alta, no pude evitar reír, y creo que mis compañeros también sintieron esa alegría.

La parte del taller que más me hizo sentir orgullosa fue el momento de reescribir. Mis compañeros, con sus consejos, me hicieron sentir acompañada y valorada. Al elegir las indicaciones para dibujar, volví a apoyarme en los nueve enunciados, cuidando que cada detalle reflejara lo que mis abuelitos me habían enseñado.

Si pudiera contar mi historia en otro lugar, lo haría con gusto, para que otros niños y personas de diferentes pueblos conocieran las historias de mi comunidad. Aprendí, como narradora y escritora, que se necesita paciencia, pero también gratitud hacia quienes, como mis abuelos, nos entregan la raíz de nuestras palabras.

MELANY



La mágica escritura: cuentos para Kamishibai

LA CARRETA QUE NADIE VE.
Ximena Ivonne Herrera Hernández.

NP.	SUJETO.	VERBO.	PREDICADO.	INSTRUCCIONES PARA ILUSTRAR.
01.	abuelito.	ahora.	le dan miedo los todos y era caligoso como si fueran las cosas de la independencia donde ahora crecen plantas.	dibujar a un abuelito mirando una casa con plantas.
02.	casa.	estaba.	en su cama de madera bien arregado en sus cobijas de lana.	dibujar a un abuelito dormido en una cama de madera con sus cobijas desordenadas.
03.	abuelito.	dormía.	un rechinar pesado de repente como si alguien lo estuviera asustando.	dibujar a un abuelito asustado algo enano.
04.	el sonido.	crecer.	como su corazón se le subió a hasta la garganta.	dibujar a un abuelito que sintió como si su corazón se le subiera hasta la garganta.
05.	abuelito.	sintió.	no con ojos, no con palabras, sino con esa mirada de las cosas que no necesitan.	dibujar a un abuelito que está viendo.
06.	abuelito.	mirando.	a sus cobijas mientras sentía la cara estirada.	dibujar a un abuelito abrazado a sus cobijas.
07.	abuelito.	abrazado.	de nadie, pero que se iba por hablar, pero en el fondo sabía que esas viejas viejas siempre van a estar.	dibujar a un abuelito abrazado a sus cobijas.
08.	abuelito.	despedirse.	pero en el fondo, sabía que esas viejas viejas siempre van a estar.	dibujar a un abuelito abrazado a sus cobijas.
09.	abuelito.	buscarlo.	pero en el fondo, sabía que esas viejas viejas siempre van a estar.	dibujar a un abuelito abrazado a sus cobijas.
10.	abuelito.	dejar.	pero en el fondo, sabía que esas viejas viejas siempre van a estar.	dibujar a un abuelito abrazado a sus cobijas.

En un taller de escritura creativa diseñado para enseñar a escribir y adaptar historias al formato narrativo adecuado para kamishibai, se exploró profundamente el uso de técnicas narrativas simples y atractivas para cautivar al público desde el primer momento.

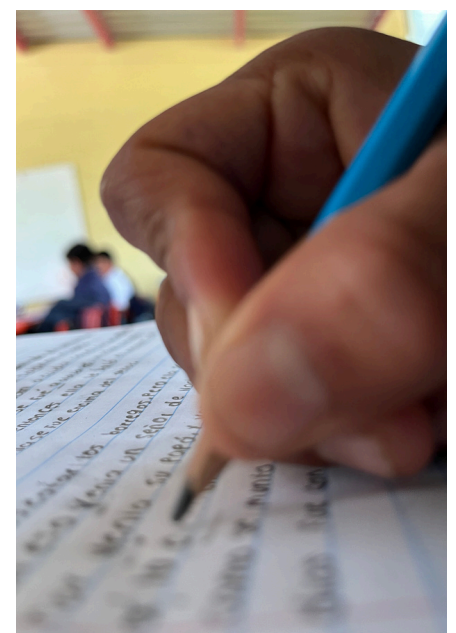
En este contexto, se utilizó una técnica clave: la división en nueve enunciados, la cual sirve esencialmente para memorizar el cuento y desentrañar las secuencias fundamentales de la narración.

"En el eco de la palabra, los pueblos tejen en nueve hilos la memoria viva que el kamishibai hará florecer."

Esta división facilita identificar el hilo conductor de la historia, el asunto principal o tema, y comprender el conflicto dramático que el relato busca resolver. Al aplicar esta técnica, se aborda la trama: la resolución del conflicto y cómo se entrelazan los elementos dentro de la historia, donde, aunque en un cuento suele haber un solo conflicto y una sola trama, es posible encontrar subtramas o conflictos secundarios del protagonista.

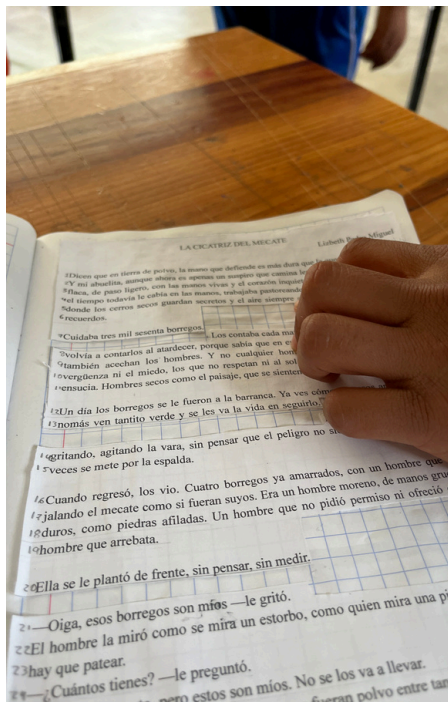
El taller comenzó con la lectura y relectura del cuento seleccionado para ser adaptado, hasta que los participantes pudieran captar la idea general del argumento: el planteamiento, el nudo y la conclusión.

Este primer paso, esencial en la narración, permite definir de qué trata el cuento de manera clara y concisa.



"En nueve latidos narrativos, la memoria mixteca se ordena y florece, uniendo tradición y técnica para encantar al espectador."

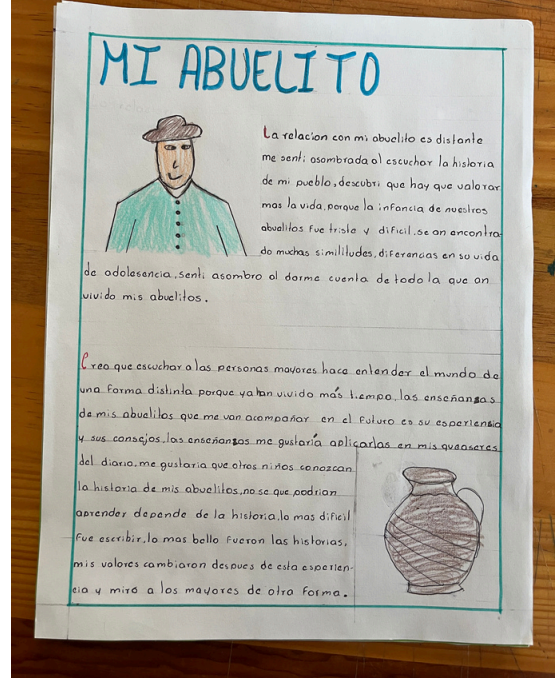
Este enfoque no solo preservó las formas tradicionales de narración, sino que también incorporó técnicas modernas de escritura que potencializaron la fuerza y el impacto de cada historia contada. De este modo, las historias no solo se contaron, sino que se vivieron en toda su profundidad y emoción.



La técnica de la división en tres partes—Inicio, Desarrollo y Fin—es crucial, y se enseñó a los participantes a identificar cómo dividir la historia en fragmentos que permitan construir una estructura coherente y fluida. Si el cuento tiene una longitud de unas quince páginas, por ejemplo, se destinan cinco páginas para cada fase del relato.

Una vez que se ha realizado esta primera división, se prosigue a desglosar cada fase en tres pasajes, resultando en un total de nueve fragmentos, que serán la base para configurar el hilo conductor de la historia. Los pasos para hallar este hilo conductor son meticulosos y sistemáticos. Primero, se numeran todos los renglones del cuento, excluyendo título, acápites y otros elementos no narrativos. Luego, el texto se divide en tres partes lo más equilibradas posible.

Tras esto, cada parte se subdivide de nuevo en tres fragmentos. Así, se obtiene una estructura de nueve fragmentos, cada uno representando una parte esencial del cuento.



Una vez completado este proceso, los fragmentos se identifican de manera clara con una denominación específica: Inicio del inicio (II), Desarrollo del inicio (DI), Fin del inicio (FI), y así sucesivamente hasta completar todas las fases. A continuación, se elabora un enunciado para cada fragmento, el cual debe condensar la acción de manera precisa, con un sujeto, verbo y predicado claros, lo que facilita la memorización y comprensión de la narrativa.

Este enfoque de análisis y estructuración permitió que las historias, que nacieron del recuerdo y fueron creadas por los primeros mixtecos, se adaptaran con claridad y coherencia para su representación en kamishibai. Además de honrar la tradición, el taller integró el legado de Guillermo Murray, quien ideó el método de los "nuevos enunciados", que ayudó a los participantes a crear una narrativa visualmente rica y ordenada. El proceso también incluyó la elaboración de indicaciones detalladas para las ilustraciones, siguiendo los principios esenciales del kamishibai: simplicidad, claridad y un sentido directo que tocara el alma del espectador.



Cuando mis abuelos me contaron la historia, sentí algo raro en el corazón, como nervios y emoción al mismo tiempo. Lo más difícil fue escribirla, porque quería que en el papel siguiera sonando como cuando ellos me la dijeron.

Me di cuenta de que ya estaba bien escrita cuando no tenía errores y sentía que la historia era mía. Trabajar con los nueve enunciados me ayudó mucho, sobre todo con los verbos, porque hacían que las cosas parecieran moverse y estar vivas.

Cuando la leí en voz alta, estaba muy nerviosa, pero creo que mis compañeros me escucharon con admiración. Lo que más me gustó del taller fue escuchar lo que ellos pensaban; sus palabras me hicieron sentir feliz y segura.

Si pudiera contar mi historia en otro lugar, como en una escuela, lo haría con gusto. Así otras personas conocerían lo que me contaron mis abuelos. Ahora sé que cuando uno pasa una historia de la voz al papel, no solo escribe... también guarda un pedacito de vida.

Lizbeth

COLORES QUE CUENTAN

ILUSTRANDO HISTORIAS PARA KAMISHIBAI

En la voz de Carmen, el gris se volvió verde, rojo y azul; los niños pintaron sueños y el viento aprendió colores.

El camino se retorcía como una culebra adormilada, jugando con los charcos que la madrugada había dejado como espejos. Amanecía despacio, con los zopilotes estirando las alas para llenarlas de sol, no fuera a ser que el día los sorprendiera pálidos. Las granadas, los casahuates en flor, el chile canario, todo era un fulgor de colores que la luz despertaba. Todo menos la escuela.

Verde, verde casa. Casa verde. O más bien, casa desteñida.

Los niños llegaron con el frío trepado en la espalda, con la prisa de siempre y las ganas de nunca. Traían en las manos pinceles, cartulinas, un sueño que aún no sabían que era sueño.

—Buenos días, maestro.

—Buenos días. ¿Qué viste en el camino?

—Puros árboles.

—¿Nada más? ¿Ningún burro, ningún gallo, ningún toro?

—Sí, pero... maestro, yo voy a pintar un burro morado.

El maestro sonrió. Algo nuevo estaba a punto de comenzar.

Cuando la maestra Carmen entró al aula, el aire se sacudió como si alguien hubiera abierto de golpe todas las ventanas del mundo. Traía un morral de tela gruesa, tan lleno que parecía cargado de secretos.



—¿Saben? El mundo no siempre fue de colores. Hubo un tiempo en que todo era gris, como cuando el cielo está triste y la tierra se queda callada. Pero un día, alguien encontró un poco de rojo en el corazón de una granada y lo puso en sus labios. Otro descubrió el azul en la mirada de un río. Alguien más tomó el amarillo del sol y lo atrapó en su ropa. Y así, poco a poco, la vida fue aprendiendo a pintarse.

Los niños la miraban sin parpadear. Había magia en sus palabras, un misterio en la forma en que abría su morral. De ahí sacó hojas blancas, pinceles, pequeños frascos de pintura y una pregunta:

—¿Qué color tiene el árbol?

Los niños se miraron entre sí. Alguien se atrevió a responder:

—Verde.

—¿Y qué verde?

Silencio.

La maestra Carmen sonrió.

—Hay muchos verdes. Está el verde del casahuate y el verde del huaje. El verde de la milpa y el del copal. Verde aguacate, verde pirul, verde sombra, verde sol.

Entonces mezclaron colores en pequeños platos, jugando a descubrir los nombres de lo que nunca habían mirado con atención. Pronto, el blanco de las hojas se llenó de cielos, de árboles, de burros morados y gallos azules. La escuela ya no era gris. Ni las manos de los niños. Ni el aire.

El arte como conjuro. Al final del día, cuando la maestra Carmen se marchó, dejó tras de sí algo más que papeles manchados de pintura.

—Maestro —preguntó un niño—, ¿se puede pintar un sueño?

—Claro que sí.

—¿Y un recuerdo?

—También.

—¿Y el viento?

—Si cierras los ojos y escuchas bien... hasta el viento.

Los niños se quedaron pensando. Algo había cambiado, aunque no supieran nombrarlo.



Desde entonces,
cuando el cielo se
ponía gris, alguien
sacaba un pincel y
buscaba en el mundo
un nuevo color.

Porque la vida, cuando
se pinta, deja de ser
gris.



Colores que Nacen de Imaginación

Hoy en día, crear puede ser sencillo o desafiante, según lo que imagines (p. ej., personajes fantásticos, paisajes lejanos), los materiales que uses (cartulina, acuarelas, marcadores) y cómo quieras expresarte (pintura libre, siguiendo guías). "Hay una gran diferencia entre solo dibujar y ser un verdadero artista que da vida a sus sueños."

Samuel

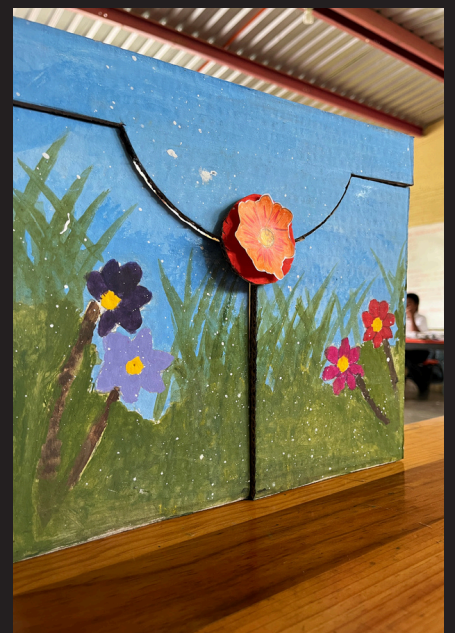
CONSTRUCCIÓN DE UN BUTAI



Llegamos al taller con cartón, tijeras, resistol y muchas preguntas. Nos sentamos en círculo y, sin decirlo, entendimos que aquel día no solo íbamos a construir un teatro de Kamishibai: íbamos a construirnos juntos. Las mesas se llenaron de líneas trazadas con lápiz, de manchas de pintura, de miradas atentas y de silencios concentrados. Cada niña y cada niño tenía frente a sí un pedazo de cartón que, poco a poco, empezaba a parecerse a algo propio.

Melany fue una de las primeras en hablar de lo que sentía. Mientras armaba su butai, nos dijo que estaba feliz, pero también nerviosa, porque no sabía si lo lograría. Dibujó una carita feliz para representar cómo se sentía al terminarlo. Lo que más disfrutó fue dibujar, pintar y trabajar en equipo; su compañera le dio ideas, la ayudó, y juntas resolvieron lo que parecía difícil. Dijo que su butai, si fuera un personaje, se llamaría Isaías y contaría la historia de Isaías el Flojo.

También imaginó otro nombre, Lisa, y una frase que le gustaría escuchar salir de ese pequeño teatro: “Cuando Benja miró al cielo y vio la estrella más brillante, comprendió que su amiga se había ido”. Al final, la palabra que eligió para describir lo que sintió fue “logro”. Lo dijo con una sonrisa tranquila, de esas que no hacen ruido pero se quedan.





Lizbeth construyó su butai con una alegría que se notaba en sus manos. Dijo que se sentía feliz porque pudo hacer su propio teatro. Trabajó en equipo, dibujó, pintó, pegó, y no hubo nada que se le hiciera difícil porque, según sus palabras, “todo lo hicimos juntos”

Imaginó su butai como un personaje llamado Isaías y pensó que contaría la historia de Los tres cochinitos: uno feliz, otro bromista y otro trabajador. Aprendió a cortar cartón, marcar líneas y armar estructuras. Cuando terminó, sintió felicidad y logro, porque lo había conseguido por sí misma, pero nunca sola.

Andrés habló más despacio. Dijo que mientras construía su butai se sentía feliz porque iba a tener uno propio. Le gustó pintar porque era divertido, aunque dibujar en el cartón se le complicó un poco. “Poco a poco pude”, dijo, y en esa frase cabía todo el taller.

Sus compañeros lo ayudaron. Si su butai fuera un personaje, se llamaría Duende, y su historia diría: “Nunca confíes en un niño del monte”. Cambiaría algo del taller: que fuera más rápido. Pero también reconoció que aprendió a ser más paciente. Al imaginar su butai terminado, lo describió como “bonito”, y en esa palabra sencilla quedó guardado su esfuerzo.

“

La belleza de los Butais

Al final, los butai se alinearon sobre las mesas como pequeñas casas abiertas. Algunos estaban terminados, otros no del todo, pero todos tenían algo en común: habían sido hechos con manos que dudaron, que insistieron, que se apoyaron. En cada uno quedó guardada una historia, no solo la que algún día se contará frente al público, sino la historia de haberlo intentado juntos.

Nos fuimos sabiendo que ese teatro de cartón y madera no era pequeño. Era un lugar donde la infancia aprendió que crear también es cuidarse, que trabajar en equipo transforma el miedo en logro, y que la memoria empieza, muchas veces, con unas manos manchadas de pintura y una voz que se atreve a decir: sí pude.



MONTAJE

HISTORIAS DE KAMISHIBAI

Entramos al momento del montaje sabiendo que algo distinto iba a ocurrir. Dejamos a un lado las mesas llenas de cartón y pintura y colocamos al centro las historias ya escritas, las láminas ordenadas, el butai abierto como una pequeña casa esperando voces. Empezamos con la lectura en voz alta, una y otra vez, no para “salir bien”, sino para apropiarnos del relato hasta que cada niña y cada niño pudiera decir: esta historia también es mía.

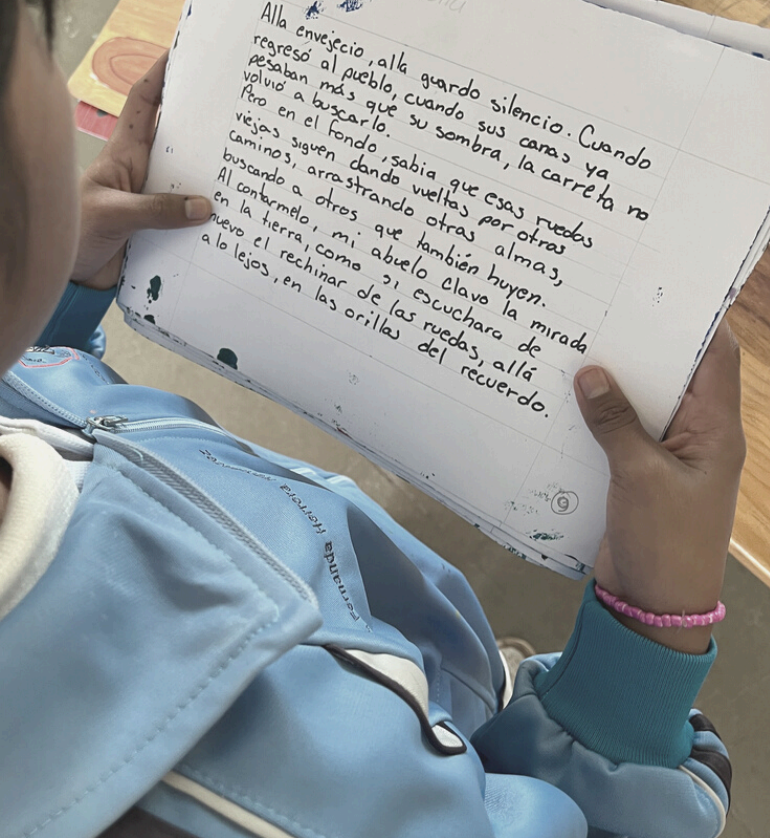
Practicamos juntos. Leímos despacio, aceleramos donde había emoción, hicimos silencio donde la historia lo pedía. Repetimos. Volvimos a repetir. Observamos cómo el nervio aparecía en los hombros tensos, en las manos que apretaban el papel, en la risa nerviosa antes de comenzar. Acompañamos sin apurar, sosteniendo el tiempo necesario para que cada voz encontrara su ritmo.

Entendimos que el montaje no era solo un ensayo técnico, sino un espacio para habitar el miedo y transformarlo.

Una niña nos dijo que, mientras preparaba su historia, se sentía feliz y nerviosa al mismo tiempo. Recordó que hubo un momento en el que los nervios le ganaron, pero que logró tranquilizarse respirando. La parte de la historia que más la conectó fue aquella donde un personaje era encontrado flotando en la presa y la tristeza de su familia atravesaba el relato.

Para que su voz sonara clara, decidió cambiar el tono y practicar más. Aprendió que había que respirar, ensayar y confiar. Lo más difícil para ella fue respetar las comas y los puntos; lo más fácil y divertido, enseñar la historia. La lámina que más le gustó fue aquella donde el personaje sopla una trompeta. Al final, reconoció algo importante: aprendió a no tener tanto miedo.





Otro niño compartió que también se sintió feliz y nervioso al preparar su historia. Al leer en voz alta, el nervio regresó, pero encontró seguridad en la pintura, en ese momento previo donde las imágenes ya le pertenecían. Para lograr una voz clara y fuerte, subió y bajó el volumen según la emoción del relato. Practicó los movimientos del cuerpo, ensayó frente a sus compañeros. Dijo que lo más difícil fueron las comas, pero lo más fácil fue jugar con el tono de voz. Si pudiera cambiar algo de su historia, modificaría una escena donde el personaje principal se escapaba.

Mientras leía, imaginó a su familia escuchándolo. Descubrió algo que no sabía de sí mismo: que era bueno pintando. Entre lectura y lectura, nos dimos tiempo para escucharnos. Las niñas y los niños se dieron sugerencias: qué parte podía decirse más despacio, dónde hacer una pausa, cuándo levantar la voz. Aprendieron a decir “a mí me ayudó hacer esto” en lugar de “así se hace”. Vimos cómo el error dejó de ser motivo de vergüenza para convertirse en una oportunidad compartida. Las comas mal dichas, los puntos olvidados, las frases atropelladas se transformaron en aprendizaje colectivo.

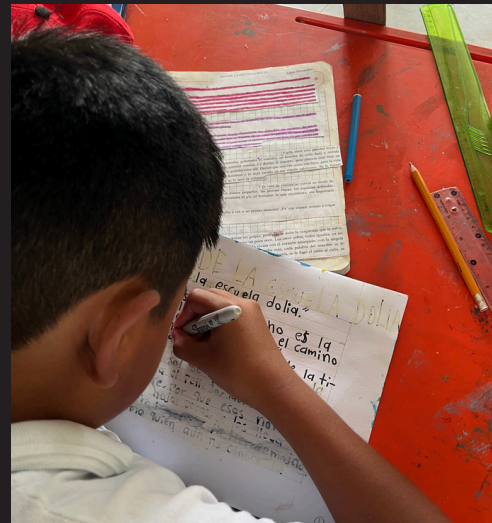


Integramos la entrada y la salida de cada historia. Ensayamos cómo abrir el butai, cómo mirar al público, cómo cerrar sin prisa. El cuerpo también aprendió: la postura, la respiración, el estar de pie frente a otros. No hablamos de técnicas como algo rígido; las fuimos descubriendo en la práctica, en el hacer constante, en el ensayo que se repite porque algo se quiere decir mejor.

Como acompañantes, observamos cómo la práctica se volvía confianza. No corregimos de inmediato; esperamos. Sostuvimos el silencio necesario para que cada niña y cada niño encontrara su propia forma de narrar. Aprendimos a leer sus gestos: cuándo necesitaban una palabra de ánimo, cuándo bastaba con una mirada, cuándo era momento de volver a empezar.



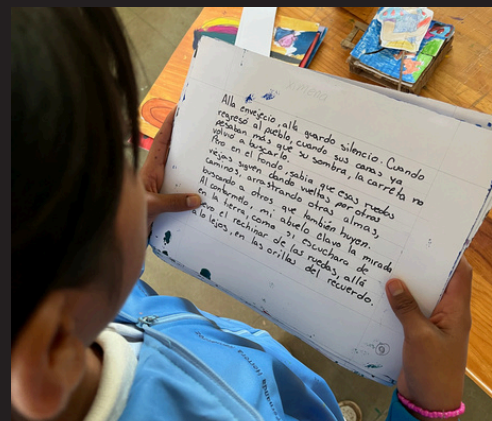
El trabajo colectivo fue clave. Nadie ensayó solo. Siempre hubo alguien escuchando, sugiriendo, celebrando. Vimos cómo se tejía una red pequeña pero firme, donde la voz de uno se apoyaba en la escucha del otro. El montaje se volvió un acto comunitario: la historia ya no pertenecía a quien la leía, sino al grupo que la sostenía.



Al imaginar al público, algunos dijeron no haberlo pensado antes; otros se imaginaron a su familia, a sus compañeros, a personas sonriendo. Esa imaginación también fue parte del aprendizaje: entender que la palabra dicha llega a alguien, que provoca algo en quien escucha.

Al final del proceso, no todas las lecturas fueron perfectas, y eso estuvo bien. Lo importante fue reconocer el camino recorrido: del nervio inicial a la voz más firme, del miedo escénico a la respiración consciente, del error aislado al aprendizaje compartido. El Kamishibai dejó de ser solo un objeto o una técnica y se convirtió en un espacio donde la voz infantil encontró permiso para existir.

Cerramos el montaje sabiendo que las historias estaban listas, pero, sobre todo, que las niñas y los niños habían aprendido algo más profundo: que practicar es una forma de cuidarse, que equivocarse no detiene el camino y que la palabra, cuando se ensaya en colectivo, puede sostenerse sin miedo. En ese momento, el butai quedó abierto, no solo para contar historias, sino para seguir aprendiendo juntos.





CUANDO LA PALABRA SALIO A LA PLAZA

Llegó el día de la presentación y el ambiente cambió. Desde temprano, el espacio se llenó de un nerviosismo distinto al de los talleres: uno que se sentía en el estómago, en las manos inquietas, en las miradas que buscaban a los compañeros. Ya no estábamos solo entre mesas y cartones; ahora estaban la escuela, la plaza, el festival, la gente que se sentaba a escuchar. El Encuentro de Niños Kamishibaya marcaba un momento importante del laboratorio: sacar la palabra del aula y ponerla en el centro de la comunidad.

No todas las niñas y los niños pasarían al escenario. Ellos mismos habían decidido, después de presentar sus historias frente al grupo, quiénes serían los representantes de cada grado. Esa elección no fue sencilla: implicó escuchar, ceder, confiar. Para muchos, el simple hecho de haber contado su historia ante sus compañeros ya había sido un logro. Para otros, el reto apenas comenzaba.

Cuando se abrió el butai por primera vez, los nervios fueron evidentes. Una niña nos dijo después que sintió un temblor en la voz al empezar, que las imágenes de las láminas eran lo que más representaba a su comunidad y que se había preparado repasando una y otra vez. Lo más divertido para ella había sido hacer los dibujos; lo más difícil, hablar frente a niños y adultos al mismo tiempo. Aun así, al terminar, expresó su deseo de seguir contando historias, especialmente las de los abuelitos, y pidió algo muy claro: más tiempo.

Otra niña compartió que encontró su historia en el Kamishibai y que se sintió nerviosa desde el inicio. Dijo que la presa y San Isidro Labrador eran las partes que mejor representaban a su comunidad. Para prepararse, ensayó con sus compañeros. Lo más difícil fue que su butai se cerraba en pleno intento; lo más divertido, narrar. Se sintió feliz al ver a otras personas escuchar con atención una historia de su tierra. Contar la llevó a una certeza profunda: no hay que perder las historias de las comunidades ni las de los abuelos.

Durante el proceso, ayudó a sus compañeros a corregir errores y, si pudiera cambiar algo del proyecto, ajustaría los materiales.

Otra voz infantil recordó que al contar su historia se sintió nerviosa, que las tierras de su comunidad eran el corazón de su relato. Se preparó repasando con sus compañeros. Lo más difícil fue pasar al frente; lo más divertido, preparar la historia. A veces le costaba abrir las puertas del butai, pero aun así se divirtió mucho. Descubrió algo importante de sí misma: que la pena no siempre es buena consejera. Ayudó a otros a preparar sus historias y, como varios, señaló que cambiaría el material y el tiempo.

Desde nuestro lugar de acompañantes, observamos cómo el miedo escénico se hacía visible y, poco a poco, se transformaba. La respiración aprendida en los ensayos regresó. Las pausas aparecieron. Las manos encontraron el ritmo de las láminas. Cada historia abrió una pequeña ventana: presas, tierras, santos, memorias familiares, paisajes que siguen vivos porque alguien los nombra.



En este gran cierre, las voces infantiles no estuvieron solas. Los maestros de la narrativa tomaron el relevo y nos recordaron que contar historias es un arte antiguo y siempre nuevo. Aurelio Galán nos llevó en un viaje profundo con su adaptación de *El Principito*, una versión que estremeció y mostró cómo la tradición y la reinención pueden caminar juntas. Rosario Ramírez, maestra del Kamishibai, hizo aparecer entre láminas a una princesa, un príncipe y un dragón; una historia conocida que, en su voz, pareció escucharse por primera vez. Audelia Pastrana tendió un puente entre tiempos y culturas, narrando historias de Oaxaca, del Istmo, de la gente nube, recordándonos que somos relatos vivos. Elías Manzano, con su ukelele, convirtió la palabra en música y la experiencia en una alegría compartida.

Las niñas y los niños escucharon atentos. Aprendieron de otros narradores y narradoras, observaron gestos, silencios, modos de sostener al público. Entendieron que su trabajo no estaba aislado, que formaba parte de un río más grande de voces.

Desde lo más hondo de este proceso, dijimos gracias. Gracias no como fórmula, sino como reconocimiento a todas las manos que hicieron posible el 2º Encuentro de Niños Kamishibaya. A quienes creyeron, caminaron, apoyaron, eligieron un butai, se llevaron una historia ilustrada, asistieron a una función o se sentaron a escuchar. Gracias a quienes donaron tiempo, saberes y afecto.





No todos los Kamishibais nacieron de manos infantiles, y sin embargo ahí estaban ellas y ellos, las niñas y los niños, mezclando el juego con la memoria, la imaginación con la tradición. Sus historias no solo contaron: revivieron, resistieron, reimaginaron. En cada lámina que deslizaron, el mundo se detuvo un instante para escuchar.

Cerramos sabiendo que esto no fue solo un evento. Fue una travesía hecha de nervios, de palabras ensayadas, de errores compartidos, de orgullo y de alegría. Fue la certeza de que cada voz, por pequeña que parezca, merece un espacio. Un butai. Un público. Un tiempo para decir.

Sigamos soñando juntos.

Sigamos contando historias.

Sigamos construyendo un mundo donde la infancia encuentre, siempre, un lugar para su palabra.

Hasta la próxima función.

Nos vemos en el corazón de una historia.

CREACIÓN DE CONTENIDO DIGITAL EN KAMISHIBAI

L

legamos a una nueva etapa del laboratorio cuando apareció la cámara. Hasta ese momento, la voz había habitado el aula, el círculo, el butai abierto frente a compañeros conocidos.

Grabar las historias significó algo distinto: mirarse desde afuera, sostener la palabra sin el cobijo inmediato del público, aceptar que la narración quedaría guardada y podría volver a escucharse una y otra vez. El ambiente volvió a llenarse de nervios, pero también de curiosidad.

Colocamos los teléfonos y las cámaras frente a los butai. Ajustamos la luz como pudimos, revisamos el encuadre, hicimos pruebas de sonido. No había equipos profesionales, pero sí una atención cuidadosa. Cada niña y cada niño sabía que ese momento era importante. Antes de grabar, ensayamos de nuevo. Repetimos las historias, corregimos errores, ajustamos la voz. Nadie grabó solo: siempre hubo compañeros escuchando, observando, sugiriendo.

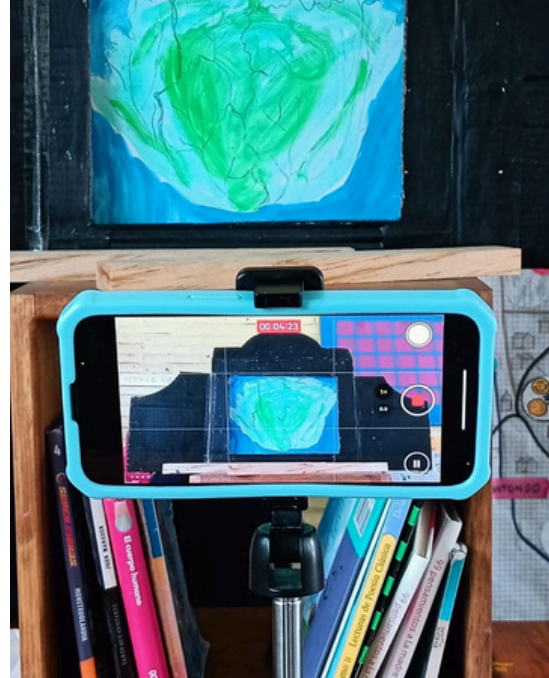
Después de cada grabación, miramos el video juntos. Esa fue quizá una de las experiencias más significativas: verse narrando. Algunas risas nerviosas aparecieron al inicio; luego, silencios atentos. Las niñas y los niños comenzaron a decir qué les gustaba de su trabajo y qué podían mejorar. Aprendieron a mirarse con cuidado, no con juicio. Cuando algo no les convencía, regresaban a grabar.

Un niño compartió que durante la grabación y los ensayos fueron sus compañeros quienes más lo ayudaron. Juntos corrigieron errores que habían aparecido en los ensayos. Al ver a otros narrar frente a la cámara, aprendió a no tener tantos nervios.



Escuchó ideas, recibió ánimos y descubrió que había muchas formas de contar una historia.

Dijo que, si volviera a grabar, cambiaría el tono de la voz para que se escuchara mejor. Reconoció algo importante de sí mismo: aprendió a no tenerle miedo a la cámara.



Otra niña habló de un nervio más profundo. Dijo que se sintió nerviosa y con un poco de miedo, y que para darse valor imaginó que su historia era un león, porque el león no le tiene miedo a nada. La parte que más disfrutó ilustrar fue cuando encontró la olla con dinero, porque le pareció interesante. Durante la grabación, la voz se le complicó; se le trababa y tuvo que detener el botellín para que no se moviera frente a la cámara. Al observar a sus compañeros narrar, comprendió algo importante: no tenían por qué tener pena, y ella tampoco.

En ese ejercicio de grabar, mirar y volver a grabar, la práctica se volvió aprendizaje visible. El error dejó de esconderse y pasó a formar parte del proceso. Ajustar la voz, controlar el cuerpo, cuidar el objeto, repetir sin cansancio: todo eso se aprendió haciendo. La cámara, que al inicio imponía, se convirtió poco a poco en una aliada.

Desde nuestro lugar como acompañantes, sostuvimos el ritmo sin apresurar. Observamos cómo la confianza crecía cuando la retroalimentación venía de los propios compañeros.

Aprendimos a intervenir solo cuando era necesario y a dejar que fueran ellos quienes encontraran soluciones. La edición de los videos —agregar subtítulos, música o pequeños efectos sonoros— se volvió una extensión natural del trabajo narrativo: pensar cómo se escucha, cómo se ve, cómo llega la historia a otros.

Cuando cada niña y cada niño estuvo de acuerdo con su video, pasamos a la siguiente fase. No se trataba de que quedara perfecto, sino de que se reconocieran en lo que habían hecho. Cada grabación guardó no solo una historia, sino el recorrido para contarla: los nervios vencidos, la voz afinada, la mirada sostenida.

Al cerrar esta etapa, comprendimos que la creación de contenido digital no fue solo un medio para difundir el Kamishibai. Fue una experiencia de autoescucha y de cuidado colectivo. Las niñas y los niños no solo narraron frente a una cámara: aprendieron a mirarse, a corregirse con respeto, a acompañarse en el miedo y a descubrir que su palabra también puede habitar la pantalla.

Las historias quedaron grabadas. Pero, sobre todo, quedó la certeza de que la voz infantil, cuando se cuida y se comparte, puede atravesar cualquier formato. Incluso una cámara encendida.



CUANDO LA HISTORIA CRUZÓ LA PANTALLA

LA PUBLICACIÓN EN REDES SOCIALES

Llegamos a la última etapa del laboratorio sin sentir que fuera un final. Después de construir el butai, ensayar la voz, enfrentar la cámara y mirarnos narrando, dimos un paso más: compartir las historias con otros. Abrimos perfiles en redes sociales —Facebook, TikTok y YouTube— con una mezcla de emoción y expectativa. No sabíamos hasta dónde llegarían esas palabras nacidas del cartón, el lápiz y la memoria, pero sí sabíamos que estaban listas para salir.

Subimos un video por día. Cada publicación era esperada como si fuera una función nueva. Las niñas y los niños se buscaban en la pantalla, se reconocían en la voz, en el gesto, en la lámina que se deslizaba dentro del butai. Se reían, se sorprendían, se decían entre ellos: “ahí estoy”. Leer los comentarios fue otra forma de aprendizaje. Aparecieron palabras de ánimo, mensajes de familiares, vecinos, personas que no conocían pero que se detenían a escuchar. Ese reconocimiento provocó orgullo. La alegría era visible: verse y saberse escuchados.

Para algunas niñas, fue la primera vez que alguien fuera de su salón conocía una historia de su comunidad. Para otros, fue emocionante que un abuelo o una tía escribiera: “esa historia yo la conozco”. Las narraciones empezaron a circular, a viajar. Lo que había nacido como un ejercicio en el laboratorio se volvió conversación compartida.

El impacto del trabajo fue mayor de lo que imaginamos. Las historias llegaron a otros espacios, incluso a otros países. Japón apareció de pronto en el horizonte, no como algo lejano, sino como un lugar donde alguien también estaba dispuesto a escuchar. No dejó de sorprendernos la claridad con la que las niñas y los niños entendieron esto: las historias nos hermanan, acortan distancias, tienden puentes invisibles. Japón le dio al mundo el Kamishibai y, a través de él, las voces de nuestra comunidad encontraron un camino de ida y vuelta.

Ese fin de semana, dos pequeños narradores, con quienes tuvimos el privilegio de caminar este sendero de papel y voz, llevaron su palabra hasta tierras lejanas. Participaron en el World Peace & Smile St. Aozora Kamishibai en Japón, acompañados por su maestra, la profesora Guadalupe Santiago. No solo contaron historias: rescataron memorias de sus abuelos y abuelas, las reimaginaron con su propio asombro, las ilustraron con manos que todavía aprenden, pero ya saben soñar. Sus voces, pequeñas y firmes, cruzaron fronteras llevando consigo la identidad y el orgullo de su comunidad.



En cada lámina que deslizaron dentro del butai, se reveló un latido de su tierra. La tradición oral no apareció como algo antiguo o distante, sino como algo vivo, capaz de transformarse sin perder su raíz. Para las niñas y los niños, fue una confirmación poderosa: lo que cuentan importa, incluso más allá de lo que alcanzan a imaginar.

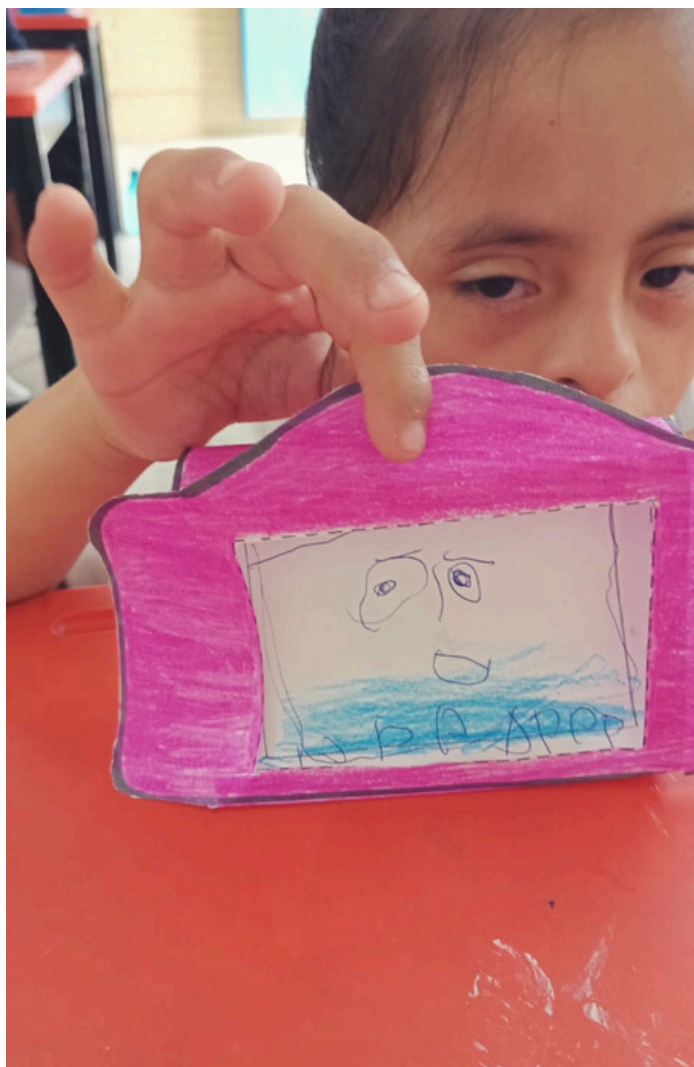
Agradecemos con el corazón abierto. A Akiko, por la invitación y la oportunidad. A Tara, Tere, Rosario y a todas las personas que sostuvieron este puente de palabras. Y, de manera especial, atesoramos un mensaje que llegó como abrazo lejano y cercano al mismo tiempo:

“Muchas gracias a usted por la oportunidad. Usted no lo sabe, pero ha inspirado a estos pequeños a entender que el mundo es más grande de lo que parece y que hay muchas más formas de habitarlo. Le agradezco de corazón porque, con este gesto, ha tocado el espíritu de estos niños.”

Desde nuestro lugar como acompañantes, comprendimos que publicar en redes no fue solo una estrategia de difusión. Fue una experiencia de validación, de encuentro, de expansión del horizonte. Las niñas y los niños no solo vieron sus historias en una pantalla: se vieron a sí mismos como narradores capaces de dialogar con el mundo.

Es un paso pequeño en la virtualidad, pero un salto inmenso para nuestras infancias. Que las palabras sigan encontrándonos. Que el Kamishibai continúe revelando caminos. Que nunca nos falten historias para contarnos a nosotros mismos y para compartir con otros, aun cuando estén del otro lado del océano.





TALLERES PARA ENSEÑAR EL PROCESO A OTROS

Llegamos a este momento del laboratorio sin anunciarlo como cierre, sino como continuidad. El taller dejó de ser solo un espacio para crear y se convirtió en un lugar para compartir lo aprendido. Abrimos las puertas a otros niños, a la comunidad, y el Kamishibai volvió a cambiar de sentido: ya no era únicamente un objeto que habíamos construido, sino un saber que podía circular de mano en mano.

Colocamos sobre las mesas los materiales conocidos: cartón, tijeras, pegamento, colores. Esta vez, quienes habían sido aprendices ocuparon otro lugar. Las niñas y los niños que ya habían construido su butai miraban a los recién llegados con una mezcla de entusiasmo y responsabilidad. Sabían qué venía después: el recorte, el armado, la espera, la historia que todavía no se deja ver.

Uno de los niños nos compartió que se sintió bien al enseñar a otros lo que sabía. Dijo que lo más fácil fue recortar y lo más difícil pensar la historia que iban a crear. Mientras acompañaba, les iba diciendo cómo seguían las cosas, dónde pegar, cómo colocar cada pieza. Se dio cuenta de que sí lo estaban entendiendo porque, cuando él indicaba, ellos lo hacían. Aprendió algo que no había pensado antes: que enseñar también requiere paciencia.

Lo observamos mientras hablaba más despacio de lo habitual, mientras repetía indicaciones, mientras esperaba a que el otro terminara. No corrigió con prisa. Dejó que los demás hicieran por sí mismos. Dijo que no hizo nada diferente a cuando él aprendió, solo colocó cada pieza que forma el butai y acompañó el proceso. Al final, se sintió bien porque los otros niños pudieron hacerlo solos.



Ayudando a otros a crecer
Butai

En ese gesto sencillo —esperar, explicar, confiar— apareció un aprendizaje profundo. El error volvió a estar presente: piezas mal pegadas, historias que no avanzaban, manos que se desesperaban. Pero ahora el error ya no provocaba frustración inmediata; se transformaba en oportunidad para decir “inténtalo otra vez”. La paciencia, tantas veces nombrada durante el laboratorio, se volvió práctica viva.

Como acompañantes, nos desplazamos aún más hacia el borde. Observamos cómo la experiencia se transmitía sin necesidad de grandes explicaciones. Las niñas y los niños repetían con otros lo que alguna vez alguien tuvo que repetirles a ellos. En ese movimiento, el taller se volvió comunitario: el saber dejó de pertenecer a uno solo.

Al preguntarle si cambiaría algo si volviera a enseñar el taller de elaboración de butai, el niño respondió que lo haría casi todo igual. Tal vez —dijo— tendría un poco más de tiempo y de paciencia. Y en esa frase se condensó todo el proceso vivido: aprender, equivocarse, intentar de nuevo y, finalmente, compartir.

Estos talleres abiertos no solo garantizaron la continuidad del proyecto; confirmaron algo esencial. Cuando una niña o un niño enseña lo que sabe, su aprendizaje se profundiza. El Kamishibai dejó de ser una actividad puntual y se convirtió en una práctica que puede replicarse, adaptarse y seguir creciendo en la comunidad.

Cerramos esta etapa con una imagen clara: manos pequeñas guiando otras manos pequeñas; palabras simples que sostienen procesos complejos; infancias que descubren que también pueden enseñar. El butai volvió a abrirse, no para contar una historia terminada, sino para anunciar que el camino sigue.

Porque mientras haya alguien dispuesto a aprender y otro a acompañar, el Kamishibai seguirá vivo. Y con él, la memoria, la paciencia y el deseo profundo de construir juntos.

Sala de lectura Río de palabras

EVALUACIÓN Y RECOPILACIÓN DE APRENDIZAJES



Llegamos al momento de la evaluación sin carpetas ni listas, sino con historias todavía resonando en el cuerpo. Nos sentamos en círculo, como al inicio del laboratorio, y volvimos a abrir el espacio de la palabra. No se trataba de decir si algo había salido bien o mal, sino de mirar juntos lo que habíamos aprendido, de nombrar los logros, las dificultades y todo aquello que nos transformó en el camino.

Las niñas y los niños comenzaron a hablar desde sus historias. Uno de ellos contó que narró La historia del Nahual y que la eligió porque hablaba de la historia de su mamá. Dijo que el cielo, dentro de su relato, representaba a su comunidad. Al estar frente al público, su corazón se sintió alegre. Reconoció que trabajó mejor cuando estuvo acompañado por sus compañeros, porque trabajar en equipo significó ayudarse en todo. La parte donde se sintió más creativo fue al pintar las láminas. Usó la tecnología para contar su historia y disfrutó grabarla y verse en video. Lo más difícil fue narrar, pero lo resolvió hablando más fuerte y respetando las comas. Para él, la “palabra antigua” fue una forma de hacer que la voz sonara más fuerte. Si volviera a contar otra historia, elegiría La cicatriz del mecate y se la contaría a su familia.

Otra niña compartió que su historia se llamaba Lo que se baila, no se olvida. Dijo que la parte más suya estaba en la pintura y la lectura. Al contar su historia, su corazón se sintió nervioso. Reconoció que trabajó mejor con sus compañeros, especialmente con Jared, y que el trabajo en equipo fue divertido y emocionante. Pintar las láminas fue lo que más la hizo sentirse creativa. Usó la tecnología grabando su video y le gustó verse en redes sociales. Lo más difícil del proceso fue pegar las puertas del butai, pero lo solucionó presionándolas para que cerraran bien. Para ella, la palabra antigua significaba “tallar”, y si hiciera otra historia, sería sobre sus hermanos y se la dedicaría a ellos.



Otra voz eligió La olla negra porque le pareció interesante. Dijo que la parte que sentía más suya era cuando encontró la olla. Al contar frente al público, sintió que su corazón latía más rápido. En el taller trabajó sola, pero aun así el trabajo en equipo le pareció divertido. Pintar las láminas fue el momento en que se sintió más creativa. Usó la tecnología para grabar sus historias y, aunque estaba nerviosa, le gustó verse en video. Lo más difícil fue la narración; se tranquilizó y pudo seguir. Si volviera a contar en Kamishibai, elegiría El baile y se lo dedicaría a su papá.

Otra niña recordó que su historia se llamaba Cuando la fiesta se calla. La eligió porque le gustó, y dijo que lo que más la conectaba con su comunidad era el título. Al contarla frente al público, su corazón se sintió feliz y nervioso al mismo tiempo. Durante el taller trabajó con Jimena y confirmó que hacerlo en equipo fue más divertido. Pintar las láminas fue la parte que más la hizo sentirse creativa. Usó la tecnología subiendo videos a redes sociales y disfrutó mucho verse ahí. Lo más difícil fue leer bien el texto, pero lo resolvió ensayando. Para ella, la palabra antigua significaba historias pasadas, y al decirlas buscaba que su voz sonara más fuerte. Si volviera a hacer otro Kamishibai, contaría la historia de las brujas y se la dedicaría a las personas.

Mientras escuchábamos, comprendimos que la evaluación no era un cierre, sino un acto de memoria compartida. Las niñas y los niños no solo hablaron de lo que hicieron, sino de cómo se sintieron, de qué les costó, de cómo resolvieron, de a quién dedicarían sus historias. Nombraron el nervio, la alegría, el orgullo, la paciencia aprendida. Reconocieron el valor del trabajo en equipo, pero también los momentos de soledad, de frustración y de logro personal.





Como acompañantes, nos dejamos transformar por sus palabras. Entendimos que documentar este proceso no es solo guardar evidencias, sino dejar constancia de que la infancia piensa, siente y evalúa con profundidad. Cada relato, cada reflexión, se volvió una guía viva para otras comunidades que quieran emprender un camino similar.

Cerramos este momento sabiendo que el laboratorio no termina aquí. Quedan las historias documentadas, los aprendizajes compartidos y la certeza de que el Kamishibai fue más que una técnica: fue un espacio para reconocerse, para decir “esto es mío” y para aprender juntos. Lo que se evaluó no fue un producto, sino un proceso que seguirá creciendo allí donde una niña o un niño vuelva a abrir un butai y diga, con voz firme, su palabra antigua.